

# CRÓNICA DESESPERANTE DE JACODEO

Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Me encontraba aquel día sentado al borde de un sendero polvoriento, cerca de la zona semihelena y semiegipcia de Rades, donde han cruzado muchas expediciones guerreras sin que ninguna se sintiera tentada de quedarse.



Naturalmente esto era comprensible con sólo echar un vistazo al paisaje árido y polvoriento, sólo alterado aquí y allá por rocas negras y matorrales espinosos.



(¿Quién podría ser tan imbécil como para querer vivir aquí?)



(Claro que cruzando el pequeño brazo de mar está el valle de Infes y dicen que es hermoso y cuajado de viñedos.)



(Tal vez no sería mala idea llegarme hasta él. El vino bueno es raro por aquí... Además nunca faltará una alegre moza que quiera cuidar de este viejo guerrero.)



Me estiré plácenteramente al sol. El calor me infundía una alegre pereza y mis pensamientos eran benévolo y huecos.

(Sí. Sería buena idea.)



(De todas maneras esto está muy solitario aquí. Solamente cruzan vagabundos o...)



(...o imbéciles como dije antes.)



No sé si fue la palabra "imbécil" la que convocó a Jacodeo. Sólo sé que no bien mi cerebro la pronunció un rumor llegó a mis oídos.

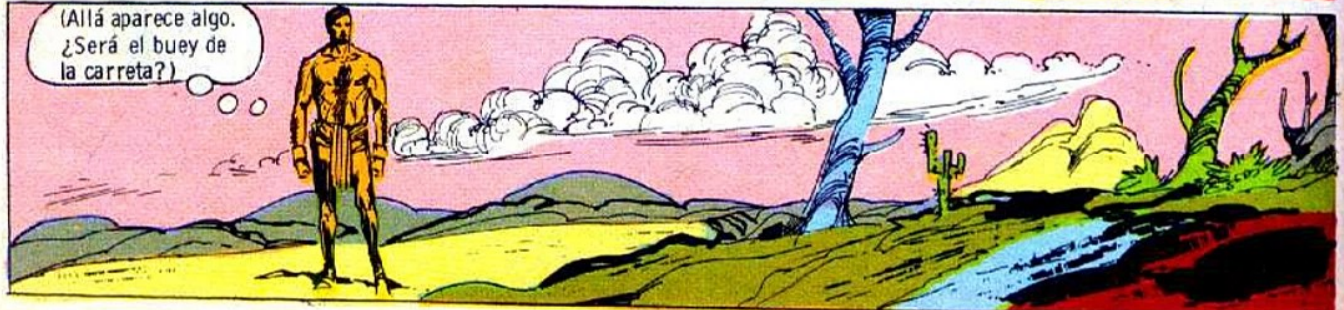
(¿Y eso?)



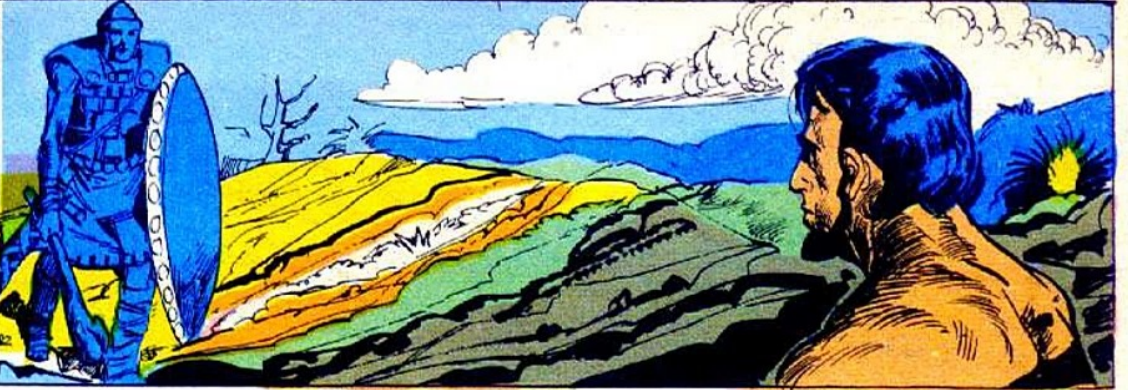
(Parece que viniera una carreta cargada de bandejas de bronce por el ruido...)



(Allá aparece algo. ¿Será el buey de la carreta?)



No era un buey aunque no tardaría en darme cuenta de que la diferencia no era muy grande. Era un guerrero muy alto y muy corpulento cargado de casco, escudo, coraza y demás que producía un verdadero estruendo a cada paso.



Hasta que me vió...



¡Eh, tú!

¿Yo?



¡Sí! ¡Tú! ¿Reconoces que Lacodeo es rey de estas tierras?

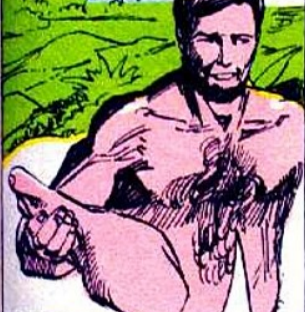


¿Lacodeo? ¿Quién es Lacodeo?

¡Miserable! ¿Te burlas de mí? ¿Finges ignorar el nombre de Lacodeo, amo y señor de Infes?



Me resultó simpático aquel extraño idiota, transpirando en su agobiante armadura y aún con ganas de discutir por algo de lo cual yo no tenía la menor idea. Le mostré mi pellejo de vino.



Ven, hombre, y tómate un trago. Creo que el sol te...

¡Te burlas! ¡Eso te costará la vida!



Tal vez fuera simpático, pero no podía negar que era un poco alarmante ver esta mole paquidérmica que resonaba como todo un ejército en marcha avanzar sobre mí, espada en mano.



Espera, muchacho... No te enfurezcas...

Pero...



¡Ooufff!



Su caída alzó una nube de polvo como la que provocaría una avalancha. Cuando se disipó lo vi despatarrado y comprendí que el peso de su armadura no lo dejaba levantarse.

Vaya... ¿Qué hago contigo ahora?

Por favor, ayúdame a levantarme. Se me está llenando la armadura de tierra.



Está bien, pero deja tu espada quieta, ¿eh?

Comencé a soltar correas y ganchos hasta que el pobre diablo pudo emerger mal que mal del revoltijo de bronce y cuero, sudando como un caballo.



¡Uuff! No aguantaba más...

Toma un trago de vino. Mi nombre es Nippur.



Gracias. El mío es Jacodeo.

Creí que serías Jacodeo... por toda esa gritería de no sé qué reinado.



Jacodeo es mi padre. Rey de Infes. Me irritó que lo negaras.

No lo negué. Simplemente no tengo la más remota idea de lo que hablas. Soy extranjero en esta región.



Entonces lo comprendo y pido disculpas. Creo que mereces una explicación.

"Mi padre, Jacodeo, era un gran militar que intervino en varias expediciones militares, una de las cuales llegó hasta Infes. Como premio a su valor, su jefe le concedió la corona de Infes."



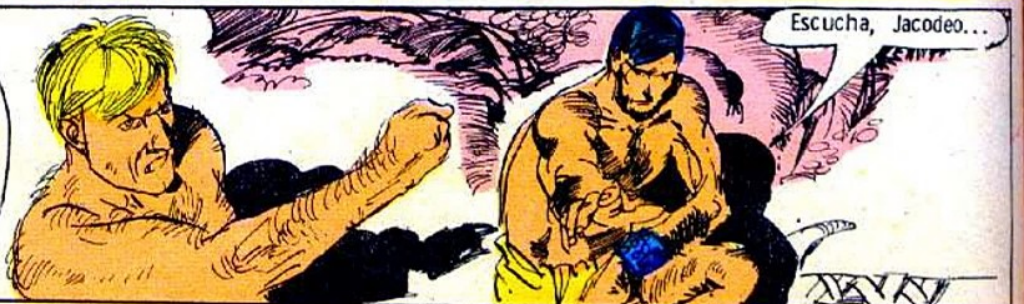
"Mi padre reinó por tres meses en ella hasta que la nostalgia lo hizo volver a nuestro hogar en la Héla-de. Para su alegría, yo había nacido en su ausencia y encontró un primogénito. Bebió bastante para festejarlo y se cayó de la azotea y se rompió la cabeza. Claro... estaba muy alto."



Por ello cuando llegué a la mayoría de edad decidí reconquistar su reino para honrar su memoria.



¡Por ello declaro que toda la tierra de Infes que me rodea pertenece al valeroso Jacodeo y a sus herederos, o sea yo, su hijo!



Escucha, Jacodeo...



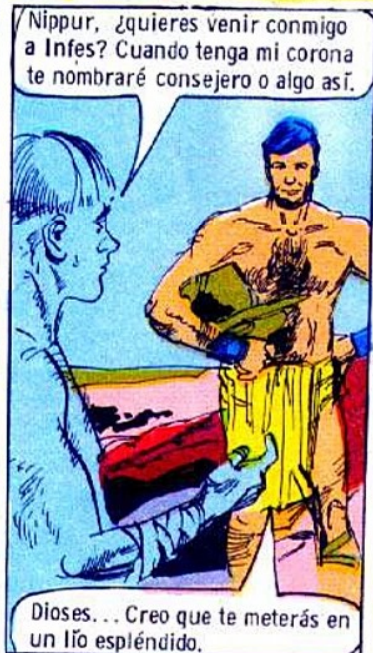
¿Qué?

Si quieres restituir Infes a tu padre tienes que caminar un poco más. Esto aún no es Infes, sino Rades.



¿Quiere decir que no he llegado aún? Camino desde hace un año, creo.

Te falta poco. Sólo deberás cruzar un estrecho de mar y estarás en Infes.



Nippur, ¿quieres venir conmigo a Infes? Cuando tenga mi corona te nombraré consejero o algo así.

Dioses... Creo que te meterás en un lío espléndido.



Y por ello sería mejor que te acompañe. Eres demasiado amigo de andar a los garrotazos por cualquier motivo. Alguien debe cuidar de ti y creo que tendría un verdadero sentimiento de culpabilidad si te dejo ir solo.



¡Magnífico! ¡Ya verás lo acertado que estás! ¡Te daré tierras, títulos, oro, casas, esclavos...!

Sosíégate o te quedarás sin reino antes de tenerlo.



¡Salud!

Los dioses nos protegan...



No quiero aburrir a mi memoria con los innumerables disparates que llevó a cabo aquel increíble y bondadoso tonto tambaleándose por los polvorientos caminos de Rades con su aplastante armadura a cuestas.

¡Maldito seas! ¿Cómo no viste la zanja?

Es que se me había caído la visera del casco.



Y luego, el cruce del estrecho brazo de mar me descubrió que si Jacodeo en tierra firme era un desastre, sobre la cubierta de una nave era todo una catástrofe.

Nippur... me muero... Todo se mueve...

Todo no. Sólo el barco.



Nunca... nunca más volveré a subir a un barco. Jamás.

Serénate y no te caigas. Apóyate en mí.



Muy bien. Estás ya en Infes, ¿Qué harás ahora?

Pues... buscaré al rey actual y reclamaré mi trono.

Este...dime, ¿cuán-  
tos años tienes tú,  
Jacodeo?



¿Yo? Veintiocho.  
¿Por qué?

Pues, pensaba que  
hace veintiocho a-  
ños que tu padre  
reinó aquí duran-  
te tres meses. ¿No  
crees que ha pasa-  
do algo de tiempo?  
Tal vez no lo re-  
cuerden...



¡Nadie puede olvi-  
dar a un guerrero  
de la talla de mi  
padre!

No quise discutir con aquel buen muchacho pues, aunque en casi todas sus facetas era manso y tranquilo, esta historia de Infes lo convertía en una muralla de obstinación. Y en ese momento...



¿Qué pasa allá?

Hay una joven dis-  
cutiendo con un  
grupo de hombres.



Sí. Y parecen to-  
dos muy enojados.

Nos acercamos y  
creo que ya a un  
tiro de lanza oía-  
mos los chillidos  
de la joven.



¡He dicho que no y es no! ¡Aunque las uvas se vuel-  
van melones! ¡No, no y no!



Te quiero, Amia. No puedes  
ser tan dura.



Cállate, papanatas, y dí-  
le a tu padre que si quie-  
re los viñedos de Infes  
que busque otra manera  
de conseguirlos...

¡Si no quieres venir a las buenas, te llevaré a la  
rastra!



¡No! ¡Socorro!

¡Socorro, viajeros! ¡Au-  
xiliad a una mujer sola!



Nippur... ¿Qué hace-  
mos?



Yo, nada. Cada vez  
que he auxiliado a u-  
na mujer en cuestio-  
nes amorosas he re-  
cibido un palo en la  
cabeza.

Ahora en tu caso es diferen-  
te, claro. Es tu súbdita al  
fin y al cabo.



¿Mi súbdita?

Claro. Dado que reclamas la corona de Infes tienes también autoridad y deber de protección a todos sus pobladores.



¡Por los dioses que tienes razón! ¡Y esos bellacos se atreven a atacar a una de mis vasallas! ¡Los haré pedazos!



Con mi pellejo de vino sobre las rodillas me senté cómodamente para disfrutar del espectáculo.



(Creo que esto puede llegar a ser divertido si lo contemplamos con buen humor.)

¡Alto allí! ¡Dejad en paz a esa mujer en nombre de Lacodeo, rey de Infes!



¿Lacodeo, rey de Infes? Jamás hemos oído de él.

Ya dije que este asunto del reinado era el único punto débil del buen Jacodeo. Yo lo sabía pero aquellos pobres diablos lo ignoraban y no podían prever su reacción.



(Cuántas cosas serían fáciles de solucionar si la gente se detuviera a hablar un momento en lugar de comenzar a los espadaos.)



¡No corráis, miserables! ¡Os rajaré las entrañas!



Nada me debes, muchacha. Solamente cumplí con mi deber. ¿Quiénes son estos viles?



Son hermanos, hijos de un tal Harmahn, dueño de muchas tierras a quien le agrada conseguir las tierras de Infes para él, casándome con uno de sus estúpidos hijos.



No entiendo. ¿Por qué tu casamiento le daría Infes a él?

Porque soy la hija de Luman, rey de Infes.



Ay.



Veamos. La carne ya está a punto. ¿Qué tal si dejáis de discutir y comemos?

¿Eh...?



¡Esta necia mujer sigue pretendiendo que nunca oyó hablar de mi padre y que jamás hubo otro rey que su padre en los últimos treinta años!

¡Y es verdad!



Calma. Mañana llegaremos a Infes y podrás hablar con el rey en persona. Mientras tanto come.

Más tarde, Jacodeo insistió en montar guardia como todos las noches lo había hecho cumpliendo con sus enseñanzas militares que en realidad me parecían un poco excesivas.

¿Hace mucho que conoces a este joven, Nippur?

Pues... poco tiempo. Sólo el suficiente para saber que es bueno como pocos.



Este... y dime, ¿sabes si es casado?



Me bastó un vistazo a sus ojos semilevados para reconocer ciertos alarmantes síntomas que yo ya había visto antes en otras mujeres.

Pues... no... no es casado.



¿Te has fijado alguna vez en el hermoso color azul de sus ojos?

Pues... no, a decir verdad. Siempre estoy demasiado ocupado ayudándole a levantarse del suelo.



Allí está Infes y allí podrás ver a mi padre.

¡Muy bien! ¡Veremos si él recuerda a mi padre!



Luman resultó ser un simpático vejete, con una sospechosa nariz roja y un tufillo a vino delator. Nos recibió encantado y al oír a Jacoleo se mostró loco de contento.

¡Claro que recuerdo a tu padre! ¿Qué se ha hecho del bellaco?



Se cayó de la azotea de casa.

Ah. Me lo temía. Siempre se caía por todas partes y yo tenía que levantarlo.



Ah. Ya veo. Es un mal de familia.



Mi padre era rey aquí.

Claro que sí. Vinimos juntos con las tropas de Hierodantes y la conquistamos. Luego tu padre se la ganó a Hierodantes jugando a la taba.



Mi padre recibió la corona como premio a sus hazañas..., dijo él.

No sé qué hazañas... El rey de Infes acababa de morir de viejo cuando llegamos, así que no hubo nadie con quien pelear excepto un perro bravo que nos mordió en los pies cuando quisimos entrar en la casa. Por suerte teníamos algunos huesos.



¿Y luego?

Tu padre perdió la corona jugando a la taba conmigo. De todas maneras estaba harto y quería volver. Yo era soltero y me quedé.



Mi padre no lo contó así exactamente...

No me extraña. Cuando tu padre tenía vino cerca se ponía algo fantástico. Por suerte se cayó rápido de la azotea, de lo contrario estarías ahora reclamando el trono de Egipto.



Entonces... he hecho el viaje inútilmente. Tendré que volver a la Hélade... Eso es... me reintegraré al ejército y buscaré una muerte gloriosa.



Dime, Nippur. ¿Anda bien de la cabeza este muchacho?

Sí, lo que ocurre es que se ha caído muchas veces. Además tiene una manía con este viejo asunto del heroísmo.



¡Señor! ¡Señor! ¡Los hijos de Harmahn están aquí! ¡Y vienen con espadas a desafiarte! ¡Gritan que no mereces el trono o algo por el estilo!

¿Otra vez? ¿Y a la hora de la comida?



Señor, tengo una deuda de honor por mis imprudentes declaraciones y deseo enfrentar a estos atrevidos como prueba de mi arrepentimiento.

Si quieres... Yo jamás les presto mucha atención. Generalmente esperan afuera y a veces se insolatan.



¡Allí voy!



Oh, padre... Se va a ir. Yo... no quiero que se vaya... Me moriría.

¿Eh? ¿Conque esas tenemos?



Estuve pensando que no te vendría mal tener un yerno corpulento y bravo que te llene de nietos...

Humm. No es mala idea. Además se podrá encargar del trabajo.



Pero, ¿cómo convencerlo? Parece un joven terco.

Sí... pero tiene un punto débil.



Y mientras tanto afuera...

¡Ay!



¡Esto en nombre de mi padre Lacodeo!

¡Ay!



¡Espera! ¡No me pegues! ¡Tú tienes razón! ¡Como dijiste antes, Lacodeo es rey!

¡Ah! ¿Te burlas?



¡Toma! ¡Lacodeo no es rey! ¡Cierra tu boca!

¡Ahh!



No entiendo... Si dices que no es rey te apalea... Si dices que sí lo es... te pega igual...

¡B tip en ch co no



¡Y que no vuelva a saber que aparecéis por aquí otra vez! ¡Fuera!

espe-

arece

punto

Bien, esto está ya terminado. No creo que ellos vuelvan a molestar a...



Pero...



¡Ouff!



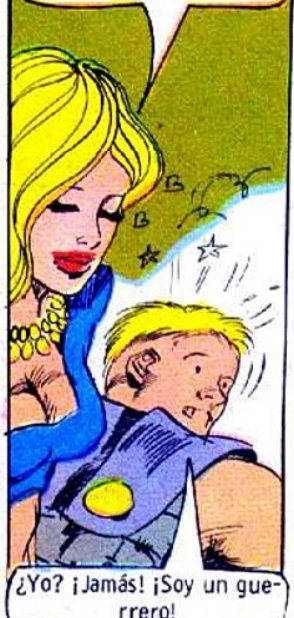
¿Qué haces? ¡Ayúdame a levantarme!

Cálmate, Jacodeo. Tú y yo tendremos ahora una larga conversación.



Pero...

Dime, ¿has pensado alguna vez en casarte?



¿Yo? ¡Jamás! ¡Soy un guerrero!

Entonces es mejor que comiences a pensarlo si es que alguna vez quieres volver a ponerte de pie.



Pero...

¿Cómo lo ves, Nippur?



Pues... por supuesto, resiste aún... pero creo que la posición es demasiado incómoda y la derrota demasiado atractiva para que no termine rindiéndose...

¡Bah! Ven. Tengo seis tipos diferentes de vinos en mis bodegas. Aprovechemos ahora que estos complicados jóvenes no nos molestan.



¡Buena idea!

Fin